

Invito a mis amigos, los escritores hispanoamericanos, a usted, a ustedes y a los de más allá, aunque exclusivamente a los prosistas, a cometer un asesinato, incruento, premeditado y útil, un asesinato literario: matemos la metáfora. ¿Por qué?, preguntará usted, sorprendido. ¿Por qué matar esa mariposa, esa orquídea, ese flamenco de la literatura? Precisamente por eso: porque es un flamenco, una orquídea, una mariposa de la literatura, un mero adorno.

Fijemos una premisa: la metáfora es nada más que un recurso a que puede recurrir el escritor cuando aquello de que está hablando escapa a su capacidad para precisarlo. Esto en cuanto al prosista. Respecto al poeta, sabemos que no tiene, para realizar su trabajo, ni el espacio ni el tiempo de que disponemos nosotros. Debe expresar, en el menor espacio y en el menor tiempo, una emoción y entonces debe ser preciso y la única manera de serlo es reducir a metáforas los elementos que pueden transmitir esa emoción.

Ya está fijada. Ahora bien: el prosista no tiene por qué ser preciso: no es un filósofo ni un hombre de ciencia. Su tarea es la de hacer sentir, no la de hacer pensar y para lograrlo dispone de herramientas con que no cuenta el poeta: la descripción, la exposición, la reflexión, la narración, además de espacio y tiempo, casi todo ilimitado. La metáfora sostiene el trabajo del poeta: el trabajo del prosista debe estar sostenido por el pensamiento descriptivo, expositivo y reflexivo.

Si esto es así, como así es, ¿para qué necesitamos la metáfora o para qué usarla sin tasa ni medida? Cada metáfora que usemos, cada mariposa, cada orquídea, cada flamenco, le quita espacio a elementos más valiosos: a la belleza de la descripción, a la penetración del estudio psicológico, al juego gracioso y fino de la reflexión.

Individualicémonos, amigos míos, individualicemos a nuestras literaturas por su riqueza en esos elementos. Demostremos que podemos prescindir ahora mismo de las metáforas, ya que tenemos cosas más valiosas que escribir y quizá más eternas -- todo depende de la categoría que les demos.

El prosista, el cuentista o novelista, digamos, que recurre demasiado a las metáforas, es sospechoso de tres faltas: primera, la de que tiene muy poca cosa que decir o que contar; segunda, la de que para comunicar esa

poca cosa cuenta con muy menguada facilidad expresiva; tercera, la de que cree que la metáfora adorna su prosa y, al adornarla, la hace buena. No. La metáfora no es un adorno para la prosa, no es esa su función específica. Por lo demás, la buena prosa no necesita adorno y la mala quedará peor si se la adorna.

La metáfora tiene, además, el inconveniente de la temporalidad de su existencia. Cada época literaria de un país y a veces de varios países de una misma lengua -- es el caso nuestro -- tiene idénticas metáforas, idénticas en cuanto a los elementos de que están compuestas. Desaparecen al sobrevenir otra época literaria y el novelista o el cuentista que en estos momentos llena sus páginas con metáforas de uso corriente, correrá el peligro de que dentro de unos años sus libros produzcan una penosa impresión de ranciedad y de vejez. Será valorizado por sus propios recursos, por aquellos que salieron de su mente: su pensamiento, su vigor en la narración, su finura descriptiva, su profundidad en la reflexión, su gracia en el diálogo, su capacidad para reproducir un instante de la vida de un pueblo, su talento para meterse dentro de un problema o de un tipo humano; no por sus metáforas. Las metáforas serán dadas de barato y aun así no habrá quien se interese por ellas.

Dirá usted: ¿cómo olvidar a la aurora de rosados dedos? Y le contestaré: ¿cuántos siglos hace de eso? Nadie lo sabe, ni siquiera se sabe si Homero existió o no, tanto tiempo hace. Era la aurora del mundo y la del hombre, la aurora de la literatura y la del pensamiento, y esa aurora, aunque no fuese más que por su antigüedad, tenía derecho a lucir dedos del color que quisiera. Por lo demás, se trataba de poetas, no de prosistas, y aquí estamos hablando de gente seria.

Anímese, amigo: tuérzale el cuello al flamenco, deshoje la orquídea y asfixie con cianuro a la mariposa. No por eso morirán los flamencos, las orquídeas y las mariposas, pero sí y por lo menos la maleza que a veces no nos deja andar por los caminos de la literatura hispanoamericana.

Sé, sin embargo, que estoy hablando un poco en el desierto. ¡Es tan tentadora la metáfora, esa metáfora que sacamos como de la manga e incrustamos en nuestra prosa! Le gusta tanto a algunos lectores y tanto también a algunos mediocres profesores de literatura. Además, cuánto ayuda a los perezosos. Se ve usted en una dificultad expresiva, se enfrenta con la des-

cripción de algo complejo, aparece un personaje con muchas facetas y este problema psicológico es más enredado que herencia de brasileño. ¿Qué hace usted? Mete la mano en la manga y saca, relampagueando, una orquídea, una mariposa o un flamenco. Ha salido del paso, sí, tal vez, pero ha matado la posibilidad que hay en usted de dominar esa dificultad por sus propios medios, reduce usted su lenguaje e inutiliza y hunde en la abulia su facultad creadora. ¿Vale todo eso menos que la aprobación de un lector sin categoría o de un profesor sin imaginación?

No nos preocupemos de escribir bonito, lindamente, con muchas zarandajas, con flores de ceniza, oxidados metales, carcomidas lenguas y aceites esenciales. ¿No tiene usted más que eso? Si no tiene más váyase para su casa y deje de escribir. Nos están pidiendo algo más, menos lindo pero más valioso: nos están pidiendo que veamos y describamos los seres y los objetos, los animales y los árboles, tales como son y no como los presentan las metáforas; nos están pidiendo que contemos y digamos, por nuestra propia cuenta y con nuestros propios recursos, no con recursos de poetas, lo que ocurre y hay a nuestro alrededor y dentro de nosotros y de los demás; nos están pidiendo pensamientos, reflexiones, emociones, reacciones mentales y sensibles del hombre de nuestras tierras, cuál es su sentido de la vida, cuál su sentimiento de la naturaleza y cuáles sus relaciones con la naturaleza y con la vida. Eso. Dé usted eso, todo lo que pueda, y quédese con lo demás o échelo al río, al Orinoco, al Plata, al Almendares, al Guayas, al Mapocho o al que le quede más cerca; hay muchos.

¿Con cuántos recursos literarios cuenta usted para trabajar? Cuéntelos y verá que son muchos. Puede dar a sus frases y a sus párrafos el ritmo que más le agrade o aquel que esté más de acuerdo con el sentimiento que trata de expresar o provocar; puede usted sugerir -- la sugerencia vale más que la metáfora (expresa más en prosa, desde el punto de vista emotivo) --; puede usted hundirse y hundir a su lector en un remolino de ideas, descripciones, exposiciones, especulaciones, acercándose así a lo que quiere encontrar y mostrar; puede usted... pero ¿a qué seguir si usted lo sabe tan bien o mejor que yo? Y sólo cuando se sienta acorralado, cuando después de recorrer el cielo y la tierra vea que es inútil seguir buscando la frase que necesita, porque no existe -- hay muchas frases que no existen --, saque una metáfora y colóquela. Si le sale buena, original y vigorosa, no pere-

cedera, no de trapo, le iluminará su trabajo. Pero una sola. Si pone muchas, al contrario, su trabajo se ensombrecerá.

No sé si lo he convencido; quizá sí; tal vez no. De todos modos, ya lo sabe: aquí lo espero, machete en mano.

1953

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©